



# 55 días en Indochina

**Daniel Rivas del Monte**

# 55 días en Indochina

Daniel Rivas del Monte

© 2015 Daniel Rivas del Monte  
© de la cubierta: 2015 Marta Rivas del Monte  
Todos los derechos reservados.

Primera edición: mayo de 2015

# Mapa

## NOTA PREVIA

Esta es una novela basada en las experiencias personales del autor en su viaje por el Sudeste Asiático entre enero y marzo de 2009. Casi todos los personajes que aparecen en ella están inspirados en personas reales, pero los nombres han sido cambiados para proteger la identidad de los verdaderos protagonistas.

## AGRADECIMIENTOS

Es menester expresar aquí, antes de que el lector se aleje hacia algún rincón de Asia, el agradecimiento a las personas que de un modo u otro han colaborado en este proyecto:

A todos los que han leído, corregido, revisado y criticado (por orden alfabético): Juliana Arboleda, María Cereceda, Daniela González, Ángel Martínez, Carmen Ortega, Carmen Ostos, Daniel Pérez e Isabel Velasco.

A mi hermano Ramón por sus ideas y su apoyo incondicional.

A mi hermana Marta por la estupenda portada.

A Juliana por darme el apoyo moral necesario para que esta novela sea realidad.

# Índice

[Mapa](#)

[PRÓLOGO - NATTHAPAT](#)

[TAILANDIA](#)

[I- BANGKOK](#)

[II- TAILANDIA CENTRAL](#)

[III- CHIANG MAI](#)

[LAOS](#)

[IV- BAJANDO EL MEKONG](#)

[V- LUANG PRABANG](#)

[VI- VANG VIENG Y VIENTIÁN](#)

[VII- LA LLANURA DE LAS JARRAS](#)

[VIII- NORESTE DE LAOS](#)

[VIETNAM](#)

[IX- NAMEO](#)

[X- MAI CHAU](#)

[XI - HANÓI](#)

[XII- BAHÍA DE HALONG](#)

[XIII- VIETNAM CENTRAL](#)

[XIV- NHA TRANG Y SAIGÓN](#)

[XV - EL DELTA DEL MEKONG](#)

[CAMBOYA](#)

[XVI- SUBIENDO EL MEKONG HASTA PHNOM PENH](#)

[XVII- ANGKOR](#)

[TAILANDIA](#)

[XVIII- BANGKOK](#)

[Notas](#)

*Queda a tu atención, lector. Yo te daré honestidad, tú  
muéstrame compasión.*  
Orhan Pamuk

## PRÓLOGO - NATTHAPAT

—Si te lo dejo por quinientos pierdo dinero. ¡Ochocientos!

Natthapat no estaba disfrutando de ese regateo. Como tampoco parecía disfrutar el ruso (o ucraniano, no lo tenía muy claro) que pretendía llevarse el reloj *Trolex* por un precio ridículo. Natthapat odiaba a los rusos, eran prepotentes y tenían un aire como de poseer todo lo que les rodeaba. Añoraba los tiempos en los que solo venían hippies de Centroeuropa o Norteamérica. Gastaban mucho menos dinero, pero eran más divertidos. Ahora la ciudad estaba llena de turistas occidentales gordos y viejos más interesados en otros productos locales y hombres de negocios japoneses con el mismo sentido del humor que un... bueno, que un japonés.

—¿Cómo vas a perder dinero? No creo que esto te cueste más de doscientos... va, venga, te doy seiscientos y no discutimos más.

Ese reloj le había costado quinientos bahts a Natthapat y el margen de beneficio era insostenible. Pero no quería prolongar el incómodo regateo con el gordo de las manchas de sudor en los sobacos. Así que accedió, metió el reloj en una bolsa de plástico y cogió los seiscientos bahts. El pequeño puesto se quedó vacío cuando se fue el ruso con su reloj nuevo. Natthapat salió a la calle, tratando de sacudirse la negatividad que le había proyectado el tipo. La brisa húmeda de la noche había atraído a otros tenderos a la calle peatonal, descuidando un poco las mercancías y las posibles ventas en beneficio de unas bocanadas de aire fresco. Natthapat levantó el faldón de su camiseta y lo enrolló sobre sí mismo dejando la tripa al aire. Levantó los

brazos, estirando la espalda, y cerró los ojos. Durante unos segundos permitió que la leve brisa le refrescara el ombligo. Su mente era un junco hueco que flotaba. Respiró hondo y volvió a abrir los ojos. Mientras bajaba los brazos miró a su alrededor. Kasem le observaba con una sonrisa y un cigarrillo en la boca. Natthapat le hizo un gesto de saludo con la cabeza y se acercó a charlar con él. No había dado un paso cuando le asaltó un europeo blancucho con barba y el pelo muy corto hablando en un inglés con fuerte acento... ¿Italiano quizás?

—Disculpe, ¿sabe dónde puedo encontrar una cabina de teléfono?

—Pues... —Natthapat se rascó la cabeza, pensando. Tratando de recordar dónde había visto él una cabina por última vez. ¿Quién usaba cabinas hoy en día?—. No sabría decirte. Por aquí... ¿Vas a llamar a la familia? —preguntó para ganar algo de tiempo mientras pensaba.

—No, no. Tengo que llamar a una amiga que...

—¿Qué le pasa a este? —Kasem se había acercado y se dirigió a Natthapat en tailandés, con el cigarrillo oscilando en la boca.

—Está buscando una cabina telefónica.

—¿Todavía hay cosas de esas? —Kasem enarcó las cejas, sin dejar de sonreír. Había cogido el cigarrillo y ahora lo tenía en la mano.

—Pues no tengo ni idea.

Natthapat se dirigió otra vez al italiano, en inglés.

—¿Una amiga?

—Sí, es de aquí, de Bangkok. He quedado con ella pero llego tarde y...

—¿Entonces es un móvil local? —Natthapat soltó una carcajada ante el asentimiento del gafotas español (le pilló el acento en cuanto dijo Bangkok)— ¡Haber empezado por ahí! Yo tengo tarifa plana. Toma, usa mi teléfono.

El español lo miró sorprendido mientras Natthapat se descolgaba el móvil del cuello y se lo dejaba. Le dio las gra-

cias, sacó una libreta donde tenía apuntado el número y marcó.

—No te preocupes, son solo cien bahts —le dijo bromeando Natthapat. Kasem se partía de risa y el extranjero pareció entender que era una broma, porque reía con complicidad. Natthapat mantuvo la distancia, muy corta, con el barbudo blancucho mientras este esperaba, con el teléfono en la oreja, a que alguien descolgara al otro extremo. No era capaz de encajar las piezas y esperaba que la llamada le aclarara algo. ¿Sería un putero? No tenía pinta, pero parecía un turista novato. ¿De qué conocía a una tailandesa?

La conversación, en inglés, comenzó:

—¡Hola! ¿Waen? [...] —Soy Dani. Perdona que llegue tarde, pero creí que tardaría menos en llegar desde el aeropuerto.

Natthapat sonrió para sus adentros y le contó sus pensamientos a Kasem, había acertado en que ese llevaba muy poco tiempo allí; estaba muy verde. Ambos rieron mientras seguían con interés la conversación del español.

— Y luego... [...] —¿Cómo? [...] —¡Ah! Sí, sí, ya estoy en el mercado. ¿Dónde estáis vosotros? [...] —¿Cómo? [...] — ¿Perdón? No te entiendo... [...] —¿Restaurantes? [...] — ¿Dónde estoy?... Pues no sé, aquí hay tiendas de relojes y... [...] —¿Cómo dices?

El extranjero sudaba, sonreía nervioso, fruncía el ceño y no parecía entender nada de lo que le decía su «amiga». Natthapat ya le había visto sufrir bastante y le ofreció ayuda. El barbudo le pasó el móvil con una expresión de claro alivio y aún más agradecimiento que cuando le había prestado el aparato. Le gustaba este chaval. Se llevó el teléfono a la oreja y habló en tailandés:

—¿Con quién hablo?

—Soy Waen, ¿estás con Dani?

—Hola Waen, tu amigo anda más despistado que un caimán en un centro comercial. ¿Puedes pasar a buscarlo?

—Estamos donde los puestos de comida, en la entrada.

—¡Ah! Eso está aquí al lado, pero... —Natthapat miró a Dani de arriba abajo— No, creo que no va a ser capaz de llegar solo. ¿Puedes venir a buscarlo?

—Claro, ¿dónde estáis?

Natthapat le dio las señas a la chica y colgó. Mientras esperaban a que llegara no pudo reprimir más la curiosidad.

—¿Español? —preguntó al chaval.

—Sí... Se me nota en el acento, ¿verdad?

—Me ha costado más de lo normal —confesó Natthapat—, pero en cuanto has dicho Bangkok me lo has dejado clarísimo.

—¿Al decir Bangkok? ¡Guau! Eso es impresionante...

—No te creas, por aquí pasan mucho extranjeros y cada lengua tiene una manera propia de decir Bangkok. Tú acabas de llegar, ¿no? —Natthapat no esperó a que Dani contestara— Creo que todavía hueles a Europa. Te aconsejo que te relajes y disfrutes, pero ten cuidado, que aquí también hay gente peligrosa.

# TAILANDIA

## I- BANGKOK

kilómetro 0  
Bangkok, Tailandia

Ya había anochecido. Las luces de la autovía y el tráfico no me dijeron nada que no fuera similar a cualquier gran ciudad europea. Tan solo eran diferentes los rótulos de publicidad con letras que parecían garabatos hechos por un esquizofrénico mientras habla por teléfono; el alfabeto tailandés me resultaba un galimatías indescifrable. Me bajé en la última parada, junto a la estación de ferrocarril. Me colgué la mochila grande a la espalda y la pequeña delante. Como un caracol embarazado caminé, plano en mano, hacia el hotel en el que había reservado habitación.

Enseguida la humedad del ambiente me pegó la camiseta al cuerpo. Al internarme en las callejuelas del barrio chino me inundó un fuerte olor a aceite de motor y gasolina. Las calles por las que me perdí buscando el hotel estaban jalonadas por talleres pequeños. Eran las ocho de la tarde y los talleres estaban cerrados. Sin embargo el olor estridente se mantenía, pregonando lo que se escondía detrás de aquellas persianas medio oxidadas.

Según mi plano, para llegar al hotel debía zigzaguear un poco por algunos callejones. Parecía fácil, pero la escasa iluminación pública dificultaba la tarea de localizar placas con nombres de calles o utilizar referencias visuales. Las callejuelas eran hoscas y sucias. Algunos perros rebuscaban en bolsas de basura. Uno levantó la cabeza al oírme pasar. Tras estudiarme un par de segundos volvió a hundir la cabeza en su bolsa.

Las pocas personas con las que me crucé se movían deprisa, como si se les hiciera tarde para llegar a cenar a casa. Giré a la derecha, a la izquierda, a la derecha otra vez y, en el giro que según el plano debía ponerme enfrente del hotel, me topé con un callejón sin salida. Di media vuelta y caminé un rato completamente desorientado. Por fin llegué a una calle algo más iluminada, con puestos de comida y gente. El olor a carne frita y a especias dulces se abrió paso en mi nariz machacando el regusto a gasolina que me habían dejado las calles de más atrás. Fue un cambio agradable.

Pregunté en un puesto que vendía carne cocinada en una plancha. Un chaval que compraba la cena allí sonrió cuando dije el nombre del hotel y me indicó que le esperara. Me acerqué a él mientras sentía un alivio inmenso. Debía de tener doce años y vestía chanclas, bañador largo y camiseta, como si hubiera pasado el día en la playa. Cuando pagó la bolsa de comida que le entregó el vendedor, me cogió del brazo para que le acompañara. Caminé a su lado de regreso a la maraña de calles del gremio del motor. En la entrada de un callejón me hizo indicaciones para que entrara por allí y se despidió haciendo el *wai*. El chico unió las palmas de las manos con los dedos juntos y rectos señalando hacia arriba e inclinó la cabeza. Cuando había leído sobre esta forma de saludar tan particular de algunos lugares de Asia, pensé que sería algo obsoleto que quizás perviviera en pueblos apartados, pero nunca creí que se usara de forma normalizada en una ciudad tan moderna como Bangkok. Yo le correspondí, aunque de una forma algo torpe. El chaval desapareció rápidamente con sus bolsas llenas de comida y yo tomé el callejón en el que, efectivamente, estaba el hotel.

Me registré en la pequeña recepción y subí hasta mi habitación. El cuarto estaba en la planta cuarta y media, en mitad del tramo de escaleras, como en la película *Cómo*